

Nuevas lecciones de sociología

Intruducción

JOSÉ ANTONIO ROSIQUE CAÑAS | SERGIO ALEJANDRO MÉNDEZ CÁRDENAS

[...] en la época contemporánea los procesos de globalización también están estrechamente asociados con la transformación o reconstitución de los poderes del Estado-nación moderno (concebido en términos de funciones, su papel, su autoridad, su autonomía y su soberanía) (Held *et al.*, 2002:544).

La sociología entre modernidad y desmodernidad

El número 33 de *Veredas. Revista del pensamiento sociológico*, está integrado por un conjunto de trabajos que reflejan diversas problemáticas; analizándolos en conjunto, envían señales claras de las transformaciones ocurridas en diferentes partes del mundo y en México, vinculadas con la globalización, fenómeno que se percibe desde hace por lo menos tres décadas; esto ha obligado a las ciencias sociales a trabajar en torno a las nociones de conceptos emergentes desde la segunda mitad del siglo XX, como “aldea global” de McLuhan, que se refiere al impacto de la televisión; “economía-mundo” de Wallerstein, que destaca el carácter global del capitalismo; “choque de civilizaciones” de Huntington, que ve en las diferencias culturales los principales factores de conflictos internacionales; “nuevo institucionalismo” de DiMaggio, que reconoce a las reglas y constreñimientos como determinantes para la interacción humana; “campos de poder” de Bourdieu, que aporta una visión detallada de la estructura social y los motivos de lucha entre los actores por lo que hay en juego dentro de ellos; “era de la información” de Castells, vista como producto de la tecnología digi-

tal, y “postmetrópolis” de Soja, que pone a las nuevas formas de desarrollo urbano como el proceso que determinará el futuro planetario.

Todos ellos en diferentes momentos, trataron fenómenos imbricados con la globalización, en un mundo que estaba cambiando vertiginosamente en los ámbitos económico, social, político, cultural, ambiental, etcétera. Ese orden que antes era sumatoria de los espacios nacionales, ahora es un espacio que tiende a homogeneizarse, centrifugando las particularidades regionales, forzándolas a configurarse de una manera funcional en un nuevo orden global que impone la lógica del capitalismo planetario, tal como lo previó Karl Marx desde mediados del siglo XIX.

En este proceso globalizador, los espacios, los lugares, los territorios, se siguen transformando dinámicamente en los inicios del siglo XXI, esto hace que las interacciones humanas queden determinadas por imperativos de sobrevivencia individual o grupal, donde el *empoderamiento* de los actores y el capital social se consolidan a partir de acciones criminales que rayan en una anomia reeditada, en la que se pierde la perspectiva del Estado de derecho y de la gobernabilidad, como lo plantean Carlos García Villanueva, Amarella Eastmond, Job Hernández y Ernesto Soto en sus respectivos artículos.

En este nuevo contexto de interacción intensa que se mueve a la velocidad de la luz, las ciudades se han transformado en nodos de conexión mundial, globalizándose en todos los sentidos: tecnológicos, informacionales, ideológicos, geopolíticos, económicos, financieros, demográficos y culturales, al grado que han adquirido gran autonomía respecto al Estado-nación tradicionalmente centralizado (Appadurai en Beck, 1998:85).

En el artículo de José Antonio Rosique vemos que desde fines del siglo pasado los alcaldes de las “ciudades globales” atienden las convocatorias de la Organización de las Naciones Unidas (ONU) y de otros organismos internacionales para sostener reuniones relacionadas con el desarrollo sustentable, problemas del calentamiento de la Tierra, cambio climático, o de movilidad universal como un derecho humano ligado a otros derechos; en estos tiempos no es raro encontrar oficinas de promoción internacional, desarrollando actividades de fomento económico, educativo y cultural a nombre específico de estas ciudades, al margen de los consulados y embajadas de sus gobiernos nacionales que operan piramidalmente, mientras que las nuevas formas de gestión desde las ciudades lo hacen más desde redes de interacción descentralizada que resultan más eficaces.

Esta situación planetaria que impacta de manera diferenciada a todas las sociedades, obliga a la sociología a replantear epistemológicamente los fundamentos teóricos, conceptuales y metodológicos heredados de sus fundadores, pues en la globalización el Estado-nación y su economía, se volvieron provincia de los actores de la aldea global; ante esta nueva situación, sólo toman sentido los estudios que consideran la visión local-global con toda su complejidad, como se aprecia en el artículo sobre vivienda rural que nos presenta María Guadalupe Morales.

Al igual que cualquier otra ciencia, la sociología por inercia se resiste a apartarse de los principios filosóficos y epistemológicos fundacionales con los que se lograron resultados eficientes para resolver los problemas ontológicos que le presentó la sociedad en la modernidad; en ese sentido, desde el momento mismo en que se elegía el objeto social a investigar y/o transformar, el enfoque se decantaba en favor de alguna de las teorías que le permitieran enfocar y justificar científicamente su problema de investigación. De ahí devenía la manera de plantear las preguntas con las que se delimitaría el objeto de conocimiento, de tal manera que se pudiera identificar, producir y organizar la información necesaria para analizar, comparar, deducir, sintetizar, concluir y plantear propuestas de acción, ya fuera científicas o de política social.

Ante esta situación de temor e incertidumbre por abandonar aquellos instrumentales prestigiados y reconocidos en el ámbito científico y que ofrecían cierta seguridad metodológica, sólo con la práctica epistemológica crítica se pueden ofrecer alternativas para dilucidar sobre nuevos paradigmas en construcción, que garanticen el desarrollo de las ciencias sociales, enfrentadas a problemas en esta etapa de “desmodernidad”, cualitativamente diferentes a los que presentó una modernidad, que ahora es cosa del pasado en muchos aspectos.

En la “posmodernidad”, que para Alain Touraine es más bien “desmodernidad”, se ha dado una ruptura de los vínculos que unen la libertad personal y la eficacia colectiva, debido a que la cultura solidaria lograda con los Estados de bienestar ya no tiene nada que ver con la economía neoliberal que impone desigualdades, produciendo situaciones de pobreza y riqueza extremas en todos los rincones del mundo (Touraine, 1997:33).

Entonces, lo que se reconoce en este número de *Veredas* es que el paradigma de construcción del conocimiento científico dominante que se practicó y extendió hasta mediados del siglo XX, fue entrando en crisis y

desuso, pues el empirismo, racionalismo y positivismo que son la esencia epistemológica de la modernidad y que además propició la ruptura de la visión religiosa dominante construida a lo largo de los mil años que duró la Edad Media, hoy ya no resuelve los problemas cognitivos que plantea un mundo dominado por el capitalismo planetario y los procesos de globalización, catalizado por los avances de la tecnología digital y de las comunicaciones electrónicas, tal y como nos hacen ver Alberto Sánchez, Hilario Anguiano y Alberto Padilla en sendos artículos sobre el estudio de caso de cómo avanzan estos procesos de usos tecnológicos aplicados en la educación superior en la UAM-Xochimilco.

Entonces, este mundo en proceso de “desmodernización”, científicamente ya no funcionan los formatos teórico-metodológicos que nos proporcionaron el liberalismo de Smith, el materialismo de Marx, el positivismo de Comte, el funcionalismo de Durkheim, la sociología comprensiva de Weber o el conductismo de Skinner, pero tampoco es suficiente la idea de Estado moderno heredada de otros destacadísimos pensadores como Maquiavelo, Hobbes, Hegel, Montesquieu y Rousseau.

Hablamos del Estado-nación que durante los siglos de Ilustración e Iluminismo, consolidó un orden político con el que triunfó el “Príncipe” convertido en “Leviatán”, pero en el mundo globalizado ya no funciona; sus formas republicanas, nacionalistas, constitucionalistas y democrático-burguesa, logradas a partir de las revoluciones políticas de los siglos XVIII y XIX dejan de ser eficientes para la gobernabilidad requerida en la globalización, pues aquella magna institución que fortaleció una forma de razón con la que la burguesía superó la supremacía de la aristocracia feudal, aportando revoluciones industriales, “progreso” y formas de conocimiento “seguro”, conseguido por medio de un método científico desarrollado y probado a lo largo de cinco siglos, en estos tiempos de complejidad y caos se requiere de una construcción institucional diferente.

En ese mismo proceso de fortalecimiento del Estado moderno, las sociedades también desarrollaron Estados burocráticos, totalitarios y fascistas, que alejándose de su oferta democrática, pusieron todo su empeño logístico y bélico durante la primera mitad del siglo XX para luchar entre sí, teniendo como principal objetivo la hegemonía mundial para consolidar un orden neocolonial, aportando nuevos conocimientos científicos, tecnológicos y un sistema geopolítico bipolar que con el tiempo transformaron a los Estados-nación en agencias especializadas para proteger y

reproducir la condiciones materiales del capitalismo global, tal y como la conocemos hoy.

En esa línea de hechos, Guadalupe Pacheco nos ofrece un interesante análisis de la recomposición geopolítica unipolar que se da después de la desintegración de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URRS) en 1991 y la emergencia de nuevos actores e instituciones internacionales.

A partir de la posguerra, la televisión y la telefonía doméstica, la popularización del automóvil, el desarrollo de la aeronáutica civil, los viajes espaciales, las computadoras con acceso a internet, el teléfono celular y los sistemas bancarios automatizados, fueron elementos fundamentales para una interconexión instantánea, dinámica e intensa en el mundo de las finanzas, el turismo, las migraciones intercontinentales, la información, las tecnologías de punta y la diversión a través de medios digitales.

En este nuevo mundo, la información técnica y científica se empezó a depositar en sitios web, empaquetada para venderse en formatos digitales desde los centros de investigación y universidades “vanguardistas” del mundo “desarrollado”. Hoy, como dice Octavio Ianni: “Se fabrican informaciones como mercancías. Son fabricadas y comercializadas en la escala mundial. Las informaciones, los entretenimientos y las ideas son producidos, comercializados y consumidos como mercancías” (1996:5).

Quién puede decir ante esta nueva situación que no han cambiado las rutinas para hacer investigación social en nuestros días; hoy, si queremos, ya no tenemos que ir a las bibliotecas para solicitar o revisar los libros y revistas que requerimos para el desarrollo de nuestros proyectos de investigación, pues la mayoría pueden ser consultados en línea, ya que las universidades y los centros de investigación están inscritos en redes que tienen acceso a todo tipo de información; simultáneamente, hay infinidad de universidades públicas y privadas, así como organismos que desarrollan investigaciones cualitativas y cuantitativas, cuyos resultados son puestos a disposición a través de redes de intercambio o directamente ofrecen sus servicio de consultoría al mejor postor; de ahí que la privatización de la educación superior en México se sustenta en la importación de paquetes pedagógicos que incluyen planes de estudio para carreras y posgrados, con todos los complementos para llevarlas a cabo en idioma inglés; Patricia Gascón nos presentó un panorama de esta situación en el número 32 de *Veredas*.

Como lo advierte Castells:

En el informacionalismo la generación de riqueza, el ejercicio del poder y la creación de códigos culturales han pasado a depender de la capacidad tecnológica de las sociedades y las personas, siendo la tecnología de la información el núcleo de esta capacidad (2001:406).

Pero aun así, con todos los avances en materia de digitalización de la información científica y los manuales para hacer investigación, apegándonos a la tradición de la Grecia clásica, pensar creativa y críticamente sigue siendo el recurso fundamental y valioso que se requiere para hacer las preguntas trascendentes sobre lo importante por investigar y en ese sentido, en sociología, el conocimiento teórico de sus fundadores y contemporáneos es más importante que toda la información cualitativa o cuantitativa empaquetada de que podemos disponer si no tenemos un marco de referencia crítico para plantear un problema trascendente para nuestras sociedades; aceptamos pues, la idea de que: “La ciencia está hecha de datos, como una casa de piedras. Pero un montón de datos no es ciencia más de lo que un montón de piedras es una casa: Henri Poincaré” (Malnati y Montiel, 2012:52).

Más allá de lo que en la etapa fundacional aportaron Comte, Marx, Durkheim y Weber y de su influencia indiscutible en los inicios del siglo XXI (Ianni, 2005:182), en los últimos años del siglo XX hubo pensadores que tempranamente se dieron cuenta que pensar la sociedad desde la perspectiva de Estado-nación, de la contradicción capital-trabajo, del funcionalismo ingenuo, de la opción racional y de las reacciones conductistas como las principales explicaciones de los fenómenos sociales, eran referencias superadas debido a la complejidad que ahora ofrece el mundo globalizado.

Las luchas de los trabajadores polacos para formar el sindicato Solidaridad en la década de 1970 y su fundación definitiva en 1980, dieron la pauta de que el socialismo real estaba fincado en una dictadura que oprimía al proletariado, pero también el ascenso de las políticas neoliberales en Reino Unido y Estados Unidos; aplicadas posteriormente en Chile y luego en el resto de los países subdesarrollados que mostraron que el Estado de bienestar burocratizado y deficitario estaba llegando a sus límites; por su parte la disolución de la URSS en 1991 terminó con los episodios de la Guerra Fría, pero el avance de los acuerdos del Consenso de Was-

hington en el mismo año y el choque de civilizaciones expuesto en 1997 por Samuel P. Huntington, fueron indicativos claros de que estábamos dejando atrás una forma de modernidad que ya no operaría para el mundo en el siglo XXI, pues violencia, terrorismo y economía estaban emparentados en una relación causa-efecto con las nuevas complejidades de la globalización para las que las ciencias sociales requerían de un nuevo paradigma.

Ahora hay pocas guerras declaradas en la forma tradicional, la guerra está adentro de cada país, ya sea en el corazón de sus ciudades o en sus periferias ampliadas hasta el campo; lo que vivimos son guerras civiles disimuladas, producto de la exclusión ampliada a que somete el mercado neoliberal a las mayorías; los actos de terrorismo fundamentalistas son provocados por los propios ciudadanos que no encuentran paz ni cobijo dentro los países a donde los llevaron a nacer sus padres.

Los ataques a escuelas, hospitales y muchedumbres por personas que pierden la razón en un mundo consumista de imágenes digitales, son producto de los procesos de desinstitucionalización donde la familia, la escuela, la iglesia y el gobierno ya no cumplen con sus funciones; lo que predomina son los poderes fácticos imbricados con las mafias que controlan droga, tráfico de cuerpos vivos o muertos, invasión de propiedades, cobros de derecho de piso y lavado de dinero, entre otros muchos, que se convierten en negocios transnacionales basados en el tráfico ilegal de drogas, personas y animales y ése es el caldo de cultivo es donde aparecen los Estados “fallidos”.

Paradigmas sociológicos alternativos frente a la globalización

Respecto a los cambios que genera la globalización, hubo varios intentos por prever las transformaciones de la sociedad que se vienen y la manera como se pueden explicar y comprender desde la sociología. En un enfoque microsociológico, Ervin Goffman en 1959 nos recordaba sobre la importancia del papel que desempeñan las instituciones al momento de las interacciones entre personas dentro de las organizaciones sociales en que participan; para él, el comportamiento social se desarrolla a partir de la construcción de máscaras y roles que usamos según el personaje que nos toque interpretar y el escenario en que nos encontremos.

Cuando el individuo proyecta una definición de la situación al presentarse ante otros, debemos tener en cuenta que los otros, por muy pasivos que sean, proyectarán a su vez eficazmente una definición de la situación en virtud de su respuesta al individuo y de cualquier línea de acción que inicien hacia él (Goffman, 1993:4).

Con esta línea sociológica de Goffman se recupera la visión del funcionamiento de las organizaciones y se construye un puente fuerte para que a mediados de la década de 1980 emerja el nuevo institucionalismo a propuesta de Paul J. DiMaggio; Goffman centra su atención en el comportamiento de los directivos dentro de las organizaciones para las que trabajan; afirma que al pasar por las mismas organizaciones, se desarrollan esquemas mentales parecidos, que los llevan a aplicar estrategias institucionales similares; con ello resalta la división conceptual entre organizaciones e instituciones.

Fortaleciendo el nuevo institucionalismo, James G. March, Johan P. Olsen y Douglas North ven en las instituciones las reglas de juego en una sociedad, sean éstas formales e informales, a ellas se sujetan las personas, pues son constreñimientos u obligaciones creadas por los seres humanos y sirven para darle forma a la interacción humana, por lo mismo, en la vida cotidiana cada quien las adapta y cambia según sus intereses y manera particular de interactuar, que se ajustan a condiciones e intereses específicos de quienes participan (March y Olsen, 1984:54).

Douglas North amplía el sentido de esta forma de analizar los cambios sociales, en la medida en que ve en los individuos y grupos a los sujetos que hacen posible el cambio institucional y, a la vez, cuando se profundiza en ello, ocurre el cambio histórico (2001:13-17); en ese proceso cualitativo, se debe considerar que se puede pasar por cuatro etapas: formación institucional, desarrollo institucional, desinstitucionalización y reinstitucionalización (DiMaggio, 2001:33-75); es obvio que en una sociedad globalizada tan dinámica y conflictiva, el enfoque dialéctico para analizar las interacciones contradictorias se hace necesario, pero como está previsto que en el nuevo institucionalismo el individuo se ve como actor de su propia historia, entonces eso lo acerca a la postura marxista.

Por su parte, el sociólogo Robert Putnam en su empeño por profundizar en la crisis social que opera en la globalización, descubre que la pérdida de lazos comunitarios y la poca participación dentro de las organizaciones sociales es motivo de la caída de civismo, de confianza social y del

debilitamiento de la democracia, por eso su teoría se enfoca en el estudio de lo que él denomina *capital social*, misma que ha sido aplicada en diversos lugares y escenarios para explicar, comprender y resolver problemas de enfermedad, educación, criminalidad, economía y falta de solidaridad (Putnam, 1995:65); es obvio que el descubrimiento del problema y el desarrollo del concepto es propio de los tiempos de globalización, donde la teoría de la modernidad no alcanza para identificar las complejidades que se dan en una estructura social con formas inéditas de anomia.

Parte de esta preocupación es analizada en los artículos de Sonia Comboni y Axel Luna, en donde hablan de los cambios de estrategia educativa para remediar problemas de sustentabilidad y capacitación docente; ellos son muestra de que la globalización penetra en todos los ámbitos de la estructura social y de que se debe estar al tanto de conceptos emergentes en la globalización como biopoder, interculturalidad y sustentabilidad para replantear el paradigma pedagógico de la educación superior.

Pierre Bourdieu es otro sociólogo visionario que más allá de sus aportaciones a la teoría marxista de la reproducción en la década de 1960, en la de 1980 desarrolla una manera más fina de observar la dialéctica social descubriendo los campos de poder específicos que componen la estructura social y la superestructura. Para él:

[...] hay leyes generales que rigen en los diferentes campos, el de la política, el de la filosofía, el de la religión; en cualquier campo hay una lucha entre los pretendientes y los dominantes cuyas formas específicas habrá que buscar entre el recién llegado que trata de romper los cerrojos del derecho de entrada y el dominante que trata de defender su monopolio y de excluir a la competencia (Bourdieu, 1990:135).

Un concepto clave para entender la manera como los actores se mueven con destreza al interior de cada campo es el de *habitus*, pues se debe tomar en cuenta que para que funcionen los campos es necesario que haya algo en juego y gente dispuesta a jugar; en ese sentido, el *habitus* se traduce en una especie de:

[...] oficio, un cúmulo de técnicas, de referencias, un conjunto de creencias [...] La estructura de campo es un estado de la relación de fuerzas entre los agentes o las instituciones que intervienen en la lucha (Bourdieu, 1990:136).

Podemos ver que todos estos autores que trabajan con instituciones, más allá de que unos puedan ser considerados funcionalista o marxistas, reconocen la importancia de aprender a desempeñar roles con alto grado de especialidad para lograr sus objetivos; en los campos de poder el *habitus* se puede equiparar con las destrezas que adquiere una persona al llevar a cabo los roles requeridos para interactuar correctamente al interior de cualquier organización; en ese sentido ambas posturas hacen puente con el nuevo institucionalismo.

Regresando con Alain Touraine, él pone sobre la mesa la discusión del papel que va a realizar el sujeto que ha dejado de ser “servidor de Dios, la Razón y la Historia” y que ya no puede seguir siendo un objeto gregario de la sociedad de masas en la globalización; lo que se quiere, según Touraine, es evitar que:

[...] el fuerte imponga su goce al débil, el adulto al niño, el hombre a la mujer, el europeo al civilizado [...] Renunciemos a los principios positivos de reconstrucción, a los llamamientos al Hombre, el Orden y la Paz que nos transmitió el pasado [...] El sujeto no es alma presente de un cuerpo o el espíritu de los individuos, sino la búsqueda, emprendida por el individuo mismo de las condiciones que le permitan ser actor de su propia historia [...] Es por eso que el punto central de mi reflexión es aquel en que la idea de Sujeto se liga con la de movimiento social (Touraine, 1997:61-65).

En la concepción de Touraine es importante la identidad del sujeto que se construye a partir de su propio deseo de salvaguardar la unidad de su personalidad, para asumir la lucha colectiva y personal contra los poderes que transforman la cultura en comunidad y el trabajo en mercancía, pero también a esos dos elementos agregar su reconocimiento interpersonal e institucional, del otro como sujeto (Touraine, 1997:90). Esta es una propuesta sociológica muy sugestiva, pero además invita a un tipo de investigación participativa y militante, en la que podemos ver comprometidos a los universitarios de nuestros días.

Samuel P. Huntington en 1996 se da cuenta de que las diferencias culturales, el resurgimiento islámico y la afirmación asiática serían los nuevos desafíos para la paz mundial; de hecho en 1993 terroristas del fundamentalismo yihadista, hacen explotar un coche-bomba en los sótanos del World Trade Center de Nueva York, dejando seis muertos y 1 042 heridos, antes del ataque del 11 de septiembre de 2001. Estos hechos fueron

los que hicieron aparecer a Estados Unidos como poder militar unipolar y que al lado de países de la Unión Europea se hizo acompañar a la guerra, en sus intentos por detener el terrorismo, yendo directamente contra aquellos países en los que se sospecha que había armamento nuclear o eran refugio de los terroristas enemigos, hoy diversificados en diferentes grupos y países e incluso viviendo como ciudadanos en países europeos y en el mismo Estados Unidos.

Pensamos que la aportación de Huntington, más allá de que no coincidan en los marcos teóricos fundamentales, se complementa con las de Bourdieu y Touraine en la medida que da cuenta del cambio de época catalizado por la globalización. Con él terminamos citando unos fragmentos de su obra donde hace hincapié en el tema de la cultura.

Los años que siguieron a la “guerra fría”, fueron testigos del alborar de cambios espectaculares en las identidades de los pueblos, y en los símbolos de dichas identidades. Consiguientemente, la política global empezó a reconfigurarse en torno a los lineamientos culturales [...] la identidad cultural es lo que resulta más significativo para la mayoría de la gente. Las personas están descubriendo identidades nuevas, pero a menudo también viejas, y caminan resueltamente bajo banderas nuevas, pero con frecuencia también viejas, que conducen a guerras con enemigos nuevos, pero a menudo también viejos (Huntington, 2004:19-20).

Poniendo la mirada en otros aspectos de la globalización, el sociólogo Manuel Castells a fines del siglo XX le advirtió al mundo que la tendencia histórica, las funciones y los procesos dominantes en la era de la información, cada vez se organizan más en torno a redes (Castells, 2004; I:505); por eso pudo observar que una crisis de legitimidad vaciaba el significado y función de las instituciones de la era industrial y que frente a esas redes globales de riqueza, poder e información, el Estado perdía parte de su soberanía o al menos la compartía con nuevos poderes fácticos, pero ahora emergentes desde campos tecnológicos que a partir de la década de 1970, en el contexto de la Guerra Fría, le daban forma al nuevo complejo modelo de interacción global (Castells, 2004; II:393).

Él enfatiza sobre el papel que desempeña la información y la tecnología para la organización de una nueva estructura social dominante: la sociedad en red; una nueva economía, la economía informacional/global; y una nueva cultura, la cultura de la virtualidad real que operan en un mundo interdependiente (Castells, 2004; III:406). Aunque se da cuenta que

la sociedad civil no determina la tecnología, de forma alternativa y sobre todo mediante la intervención estatal, puede embarcarse en un proceso acelerado de modernización tecnológica; como lo hemos experimentado desde hace tres décadas, la cultura de la libertad, la innovación tecnológica y el espíritu emprendedor, resultaron de la cultura de los campus universitarios (Castells, 2004; 1:31)

A 20 años de la aparición de los tres tomos de la obra de Castells, *La era de la información*, año tras año sólo podemos confirmar que la humanidad entera profundiza en este mundo globalizado de redes e información, que no necesariamente nos hace mejores, más desarrollados, ni más sabios, porque el acceso a más información en un mundo tan desigual también produce personas desinformadas y, sobre todo, más personas hiperinformadas que no por eso se orientan mejor a la hora de tomar decisiones en todos los ámbitos de la vida. En resumen, también Castells se suma a los que mandan señales correctas de hacia dónde hay que orientar las naves de la investigación sociológica en los albores del siglo XXI.

Por último, y quizás como colofón de las propuestas anteriores, debemos poner atención a lo que sucede con los procesos urbanos mundiales, pues están conectados con problemas vinculados con la sustentabilidad, el calentamiento de la Tierra y el cambio climático; en ese sentido, Saskia Sassen tempranamente se dio cuenta de que había un conjunto de ciudades que se estaban convirtiendo en nodos de interacción mundial, por el peso que alcanzaban sus transacciones financieras, intercambios tecnológicos y de información, pero también por el volumen de comercio internacional y de turismo que se manejaba en sus puertos, aeropuertos y estaciones ferroviarias. Tras su planteamiento se sumaron otros investigadores que se aplicaron en la clasificación y jerarquización de las ciudades de todo el mundo, hasta lanzar la denominación de ciudades Alfa, Beta y Gamma, mismas que operaban en red global.

Derivado de esta visión de globalización y sus efectos sobre los territorios urbanos, Edward W. Soja pone atención en los procesos urbanos que dan lugar a sugerencias analíticas como el del fin de la ciudad, y se da cuenta de que las metrópolis y las megalópolis con sus centros tradicionales, en la era de las redes, los territorios urbanos también están entrando en un proceso de reestructuración al que denomina “postmetrópolis”.

Soja (2008:215) observa que por lo menos se dan seis nuevas formas de desarrollo urbano que ya no tienen nada que ver con las ciudades

monocéntricas heredadas de la revolución urbana fordista de los siglos XIX y XX. Siguiendo las ideas de Henri Lefèbvre en el sentido de que el planeta está en proceso de “urbanización completa”, su análisis se enfoca en la ocupación de territorios a partir de formas de urbanización inéditas relacionadas con la disponibilidad de nuevas tecnologías que acercan lo lejano; se trata de un mundo donde el hombre puede regresar al medio rural como sus tiempos de nómadas, ahora viviendo en cualquier lugar lejano, pero arropado por el confort que ofrecen los avances de la tecnología; eso es lo que recupera el trabajo de Rodrigo Pimienta en su artículo sobre las migraciones internas que se dan entre el estado de Morelos y el resto del país.

Bibliografía

- Beck, Ulrikc (1998). *¿Qué es la globalización. Falacias del globalismo, respuestas a la globalización*. Barcelona-Buenos Aires-México, Paidós.
- Bourdieu, Pierre (1990). *Sociología y cultura*. México: Grijalbo/Consejo Nacional para la Cultura y las Artes.
- Castells, Manuel (2004). *La era de la información. Economía, sociedad y cultura*, 3 tomos. México: Siglo XXI Editores.
- Goffman, Ervin (1993). *La presentación de la persona en la vida cotidiana*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Held, David *et al.* (2002). *Transformaciones globales. Política, economía y cultura*. México: Oxford University Press.
- Huntington, Samuel P. (2004). *El choque de civilizaciones*. México: Paidós.
- Ianni, Octavio (2005). *La sociología y el mundo moderno*. México: Siglo XXI Editores.
- (1996). *Teorías de la globalización*. México: Siglo XXI Editores/CRIM-UNAM.
- Malnati, Isabella y Alessandro Montiel (2012). *Frases célebres*. México: Editorial De Vecchi.
- March, James G. y Johan P Olsen (1989). *Rediscovering Institutions. The Organizational Basis of Politics*. Nueva York: The Free Press.
- North, Douglas (2001). *Instituciones, cambio institucional y desempeño económico*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Putnam, Robert D. (1995) “Bowling Alone: America’s Declining Social Capital. An Interview with Robert Putnam”, *Journal of Democracy*, 6:1, enero, pp. 65-

78 [<http://xroads.virginia.edu/~HYPER/detoc/assoc/bowling.html>], fecha de consulta: 16 de agosto de 2016.

Soja, Edward W. (2002). *Postmetrópolis. Estudios críticos sobre las ciudades y las regiones*. Madrid: Editorial Traficantes de sueños.

Touraine, Alain (1997). *¿Podremos vivir juntos?* México: Fondo de Cultura Económica, México.